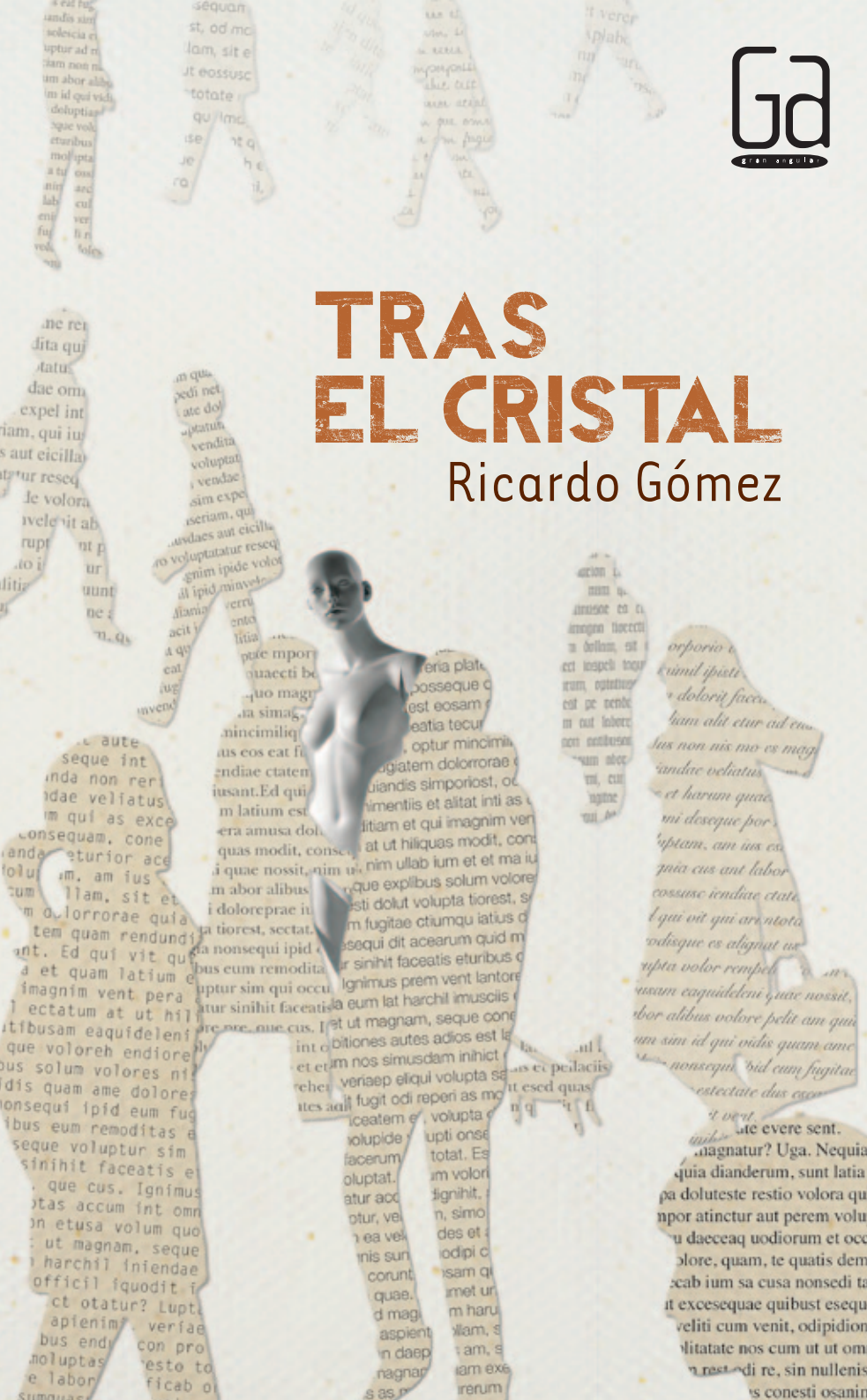


# TRAS EL CRISTAL

Ricardo Gómez



orporio  
 unil ipisti  
 dolorit fucco  
 ham alit eur ad eu  
 lus non nis mo ex meg  
 andae velatus  
 et harum quae  
 ni desequ por  
 bptam, am nis es  
 pnia cus aut labor  
 cosuisc iendae ctae  
 l qui ut qui are ntota  
 vdisque es alignut us  
 upta volor remp  
 meam equadeleni quae nossit,  
 bor albus volore pelti am qui  
 um sim id qui vudis quam amc  
 nonsequ bid cum fugitae  
 estectate dus esca  
 t vest  
 ate evere sent.  
 magnatur? Uga. Nequia  
 quia dianderum, sunt latia  
 pa doluteste restio volora qu  
 npor atinctur aut perem volu  
 u daeceaqu uodiorum et occ  
 lore, quam, te quatis dem  
 eab ium sa cusa nonsedi ta  
 it excesequae quibust esequ  
 veliti cum venit, odipidion  
 litatate nos cum ut om  
 restodi re, sin nullen  
 s conesti osam

aute  
 seque int  
 anda non rer  
 ndae veliatu  
 m qui as exce  
 consequam, cone  
 andae turior ace  
 toluum, am ius  
 cum  
 m dolorrae quia  
 tem quam rendun  
 ant. Ed qui vit qu  
 a et quam latium e  
 imaginem vent pera  
 lectatum at ut hil  
 itibusam equideleni  
 que voloreh endiore  
 bus solum volores ni  
 dis quam ame dolore  
 nonsequi ipid eum fug  
 bus eum remoditas a  
 seque voluptur sim  
 sinihit faceatis e  
 que cus. Ignimus  
 ptas accum int om  
 on etusa volum quo  
 ut magnam, seque  
 harchil iniendae  
 officil iquodit i  
 ct otatur? Lupta  
 apienim verfae  
 bus endi con pro  
 voluptas  
 labor  
 sumuac

eria plate  
 posseque d  
 est eosam  
 eatia tecur  
 optur mincimi  
 agatem dolorrae  
 uiandis simporiost, oc  
 uimentis et altat inti as  
 litiam et qui imaginem ven  
 at ut hilquas modit, cont  
 nim ullab ium et et ma iu  
 que expibus solum volore  
 esti dolut volupta tiorest, s  
 seque dit acearum quid m  
 ur sinihit faceatis eturbus o  
 Ignimus prem vent lantore  
 eum lat harchil musculi e  
 et ut magnam, seque con  
 ditiones autes adios est la  
 m nos simusdam inihit  
 veriaep eliqui volupta se  
 it fugit odi reperi as mo  
 iceatem e, volupta  
 voluptide upti onse  
 facerum totat. Es  
 oluptat. am volori  
 atur acc. gnihit,  
 optur, vel n, simo  
 ea vel nis sur  
 conunt  
 quae. amet ur  
 d magi m haru  
 aspient illam, s  
 in daep am, s  
 nagnar iam exe  
 s as n rerum

www.literaturasm.com



Dirección editorial: Elsa Aguiar  
Coordinación editorial: Berta Márquez  
Cubierta: Marta Mesa

© Ricardo Gómez, 2012

© Ediciones SM, 2012

[www.ricardogomez.com](http://www.ricardogomez.com)

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

[www.grupo-sm.com](http://www.grupo-sm.com)

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

Fax: 902 241 222

e-mail: [clientes@grupo-sm.com](mailto:clientes@grupo-sm.com)

Cualquier forma de reproducción, distribución,  
comunicación pública o transformación de esta obra  
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,  
salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))  
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

## TRAS EL CRISTAL

NO PUDE ESTUDIAR, así que trabajo en una tienda. Habrá quien piense que esto es una advertencia; que con ello quiero decir que si no estudias caerá sobre ti la maldición de trabajar en una tienda, pero no es eso. La mía es una tienda de ropa y lo que pretendía decir es que no se necesita haber estudiado para hacer bien mi tarea. Y lo digo además para que se sepa pronto que soy un don nadie. Aunque no estoy insatisfecho con mi profesión. Me gusta.

Hay lugares peores en los que uno tiene que ganarse la vida, incluso habiendo estudiado. Conozco a gente que dedicó miles de horas a los libros, que sacrificó al saber fines de semana y vacaciones y que acaba sometida a horarios crueles, a la disciplina de un jefe botarate, inclinada sobre una mesa o sufriendo penalidades. Yo he tenido suerte. Se me ocurren decenas de oficios más desagradables que el mío, con estudios o sin ellos.

Cualquiera que haya entrado en una tienda, que es casi todo el mundo, puede imaginar que lo más duro son los calendarios y los horarios. Dejando aparte los periodos en que los dueños echan el cierre, que no son muchos, todo el año tienes que andar bregando, incluyendo los sábados y los días que preceden a las fiestas, que es cuando más

se vende. Los horarios también son implacables, de la mañana a la noche.

Pero quitando eso, la tarea es cómoda. Se está a resguardo de la lluvia y del frío de la calle y en los días más calurosos se disfruta de aire acondicionado. Antes no era así, pero ahora las tiendas suelen ser refugios confortables. ¿Quién entraría aquí si este fuese un sitio hostil? La temperatura es estable, hay música relajante de fondo, el entorno es limpio, la decoración se cambia cada poco y el trato es, por lo general, amable. Además, los ratos en que no hay clientes se tiene mucho tiempo para pensar.

Visto desde el escaparate de una tienda, el mundo resulta fascinante. Habrá quien diga que un viaje a China también lo es, pero yo no le veo la gracia a recorrer miles de kilómetros en pocos días. ¿Quién, a esas velocidades, puede apreciar los pequeños detalles que hacen de la vida lo que es, la suma de delicadas pinceladas que componen un cuadro? Aquí el horizonte es estrecho, el limitado por los extremos de la cristalera, pero si uno se acostumbra a observar a la gente con el paso de los días descubre hábitos, vicios, ritos, costumbres y manías. Y en un instante, el menos pensado, se rompe la rutina, brota la sorpresa y, entonces, los acontecimientos se precipitan.

También en esto me considero afortunado, quizá porque nunca me gustaron los libros. Hay empleados que distraen las horas muertas hojeando revistas o novelas, pero a mí ni se me ocurre. No digo que leer sea malo, cada cual es dueño de ocupar los ratos de descanso en lo que quiere. A mí lo que me apasiona es observar a través del cristal, mirar, imaginar... Alguien se burlará si digo que a veces echo de menos trabajar domingos y días de fiesta, porque sospecho que el comportamiento de la gente que pasa por aquí debe de ser muy distinto los laborables

que los festivos. Pero de lunes a sábado compongo mis teorías acerca de lo que son las existencias ajenas.

Aunque esta tienda lleva abierta más de cuarenta años, trabajo en ella desde hace quince. Sé que es mucho, teniendo en cuenta que hoy todo el mundo cambia de trabajo cada dos por tres. Tal vez, como no he estudiado, no pueda aspirar a otra cosa distinta de la que hago, pero ya he dicho que esto me gusta. En estos quince años he visto cómo bebés que hace nada iban en cochecito se transformaban en adolescentes, cómo algunos ancianos desaparecían, cómo vienen y van familias enteras, gente que cambia de barrio, otros que llegan. Yo soy un mudo testigo de estos cambios. Nadie entra en una tienda para avisarme: «Compramos un piso nuevo, más grande», «Mi padre murió la semana pasada», «Mi marido y yo nos separamos hace un mes», «Tuvimos una niña, a la que llamamos Iris»...

Sin embargo, yo me entero de todo. Incluso diría que quienes pasan por aquí me ignoran, pero no me importa. Dejando aparte el que me gane la vida en la tienda, me gusta estar aquí por el placer (insano, lo reconozco) de tener a la vista las vidas ajenas. Conozco muchos detalles de clientes que vienen por aquí, pero también sé cosas de gente que nunca ha pisado esta tienda y que jamás lo hará. Es la posición privilegiada de quien no tiene más aspiraciones en la vida, de quien dispone de todo el tiempo del mundo para observar.

Resulta apasionante ver a la gente moverse de acá para allá y, cuando la puerta está abierta, captar retazos de conversaciones. Es como pasar todo el día viendo una larguísima película, con momentos de suspense que te dejan boquiabierto, y en la que es necesario prestar atención a los detalles para encontrar una explicación que tarde o temprano acaba por llegar.

El miércoles de la semana pasada, por ejemplo, una ambulancia se detuvo a la entrada del portal, a pocos metros de aquí. De ella descendió primero doña Marta, que vive en el 3<sup>o</sup> C. Luego, un camillero ayudó a bajar a su hija en silla de ruedas. De pronto encajaron pequeñas escenas que hasta ese momento carecían de significado: la madre, dos días antes, salió de casa cargada con una bolsa y subió a un taxi; y el padre, que suele regresar hacia las siete de la tarde, esos días volvió más temprano. ¿Qué había ocurrido con su hija? ¿Una operación de apendicitis? ¿Una fractura de cadera? ¡Nada de eso! La chica sufrió un navajazo el sábado anterior, y ya han detenido al culpable, según los vecinos. Alguno de estos, por lo visto, lo conocía. ¿Fue un atraco, un asalto sexual? ¿Dónde y por qué la hirieron? Pobre chica, espero que no haya sido grave... Hace nada entró aquí a comprar una cazadora. Tendré que esperar a los próximos días para conocer más detalles. Casi todo se acaba sabiendo.

Claro que estos sucesos son excepcionales. Este es un barrio tranquilo. Lo que sucede alrededor no merece un par de líneas en un periódico y, sin embargo, la acción es continua y los pequeños misterios están a la orden del día. Ningún guionista podría anticipar qué va a ocurrir una semana más tarde. Esto es la vida misma.

Como en las series de televisión, personajes que durante meses han sido secundarios, un día se tornan protagonistas. Gente que siempre he visto pasar lejos del escaparate, de pronto se detiene, mira con interés, entra y desembolsa una buena cantidad de dinero para lucir ropa nueva. ¿Qué ocurrió en el pequeño mundo de la mujer madura que pasea su perrita, hasta ahora desaliñada y vestida con astrosos chándales, para que de pronto decida cuidarse y cambiar de aspecto? ¿Qué le llevó a pensar que su vida no está acabada? ¿Sueña con un novio o lo

encontró ya? ¿O solo le tocó la lotería? En los próximos episodios...

La vida me ha enseñado lo que sé. Y sé que no hay existencia trivial. Isidro, por ejemplo, es conductor de autobuses. Un día entró a última hora de la tarde buscando un regalo urgente para su mujer. Debía de ser su aniversario de bodas, quizá el cumpleaños de ella. Tras rebuscar y solicitar precios de casi todo, se llevó un pañuelo, que debía de ser lo único que podía permitirse. Desde entonces, y hace ya más de tres meses, su mujer lo lleva siempre puesto. ¿Cuál es la historia de amor de esta pareja madura que pasea siempre de la mano? Los sábados van a la compra al mercado cercano y él no consiente que ella vaya cargada: él tira del carrito y de algunas bolsas, la trata como si fuera su princesa. Y sus hijos... ¿En qué escuela aprendieron estos padres a criarlos tan bien? Tampoco estudiaron Isidro y Carmen, a la vista está, pero es casi seguro que sus hijos llegarán a ser sabios. No hay más que verlos.

Quienes entran en una tienda dan más información de lo que sospechan. Están la forma de vestir, si saludan o no, la manera de hablar, cómo sacan los billetes o la tarjeta... Y luego, cómo se comportan al seleccionar una prenda o entrar en el probador. Con el tiempo se aprende a distinguir las personas resolutivas de las indecisas, y en ocasiones hago apuestas conmigo mismo acerca de si comprarán o no, y gano casi siempre.

Hay una mujer alemana, por ejemplo, ya mayor, de quien solo sé que se llama Mónica. Debe de trabajar en un laboratorio de investigación o algo parecido, porque un día la oí hablar por teléfono de asuntos técnicos y exigía que se repitieran unos análisis y se calibrara bien una máquina. Es un ejemplo de mujer resolutiva, acostumbrada a tomar decisiones. Sabe siempre lo que busca:

toma un par de prendas, generalmente trajes de chaqueta, entra al probador y compra uno de ellos. Pasaría desapercibida de no ser por un detalle en apariencia insignificante. Siempre abre su cartera sobre el mostrador dejando a la vista una fotografía antigua, de un hombre vestido con chaqué y pajarita. Mantiene visible esa foto desde que pregunta el precio hasta que acaba los trámites con la tarjeta, y en los tiempos de espera baja repetidamente la mirada hacia la imagen de ese hombre de aspecto distinguido y acaricia la fotografía a través del plástico. Ha ocurrido tantas veces que tengo la certeza de que son padre e hija, aunque quizá él haya muerto ya, a juzgar por lo avejentado del papel. Puedo suponer que la foto se tomó cuando él era joven y Mónica una niña, o tal vez ella ni siquiera hubiera nacido. ¿Qué vínculo misterioso ata a esas dos personas? ¿Qué la enorgullece tanto de ese hombre como para mostrarlo tan abiertamente? ¿Cuántas veces al día, al abrir su cartera, contempla esa foto, y no la de su marido o de sus hijos, si es que los tiene? Sospecho que si le preguntara por ello, su voz y su seguridad germánica se quebrarían e hilvanaría entre lágrimas algún emotivo relato.

Muy diferente de esa otra mujer, que ha entrado al menos una docena de veces y jamás ha comprado nada. ¡Ni unas medias! Entra, observa, rebusca, se prueba, no solicita opinión, apila prendas sobre el mostrador y, al final, pide disculpas y dice que se lo pensará, que volverá otro día. Lo asombroso es que, en efecto, vuelve otro día para repetir casi con exactitud maniática sus mismos gestos.

La experiencia me ha enseñado que estos casos son los más apasionantes. Esta mujer, con sus hábitos machacones y su indecisión, puede ser una fuente de grandes sorpresas. De un personaje aventurero se espera cualquier



cosa, pero ¿de qué será capaz esta mujer el día que rompa sus manías? Hay algo que resulta misterioso en ella, y son sus silencios. Abre y cierra la puerta con sigilo, anda como si levitara sobre el suelo, habla con una voz que parece un susurro y me he fijado que rasca con sus uñas las prendas que se prueba, y las frota acercándoselas al oído. Utiliza un criterio extraño cuando selecciona la ropa, lo mismo una casaca que una falda, unos pantalones que un gorro, de colores variados y estilos antitéticos. ¿Qué busca esta mujer, en realidad? A través del cristal la he observado entrar en otras tiendas y sospecho que reproduce las mismas maniobras, porque jamás la he visto cargada con una bolsa.

Detalles. Oí una vez que uno puede ser casualidad, que dos es confirmación, pero que tres es ley. Hay comportamientos incomprensibles, pero que deben de tener su explicación. Un hombre viene de vez en cuando por aquí a comprar pequeños complementos: calcetines, alguna camisa o ropa interior. Antes de salir, quita las etiquetas de todas las prendas, pidiendo unas tijeras incluso, y comprueba con maniática obsesión que lo que se lleva, ¡sin bolsa, entre las manos!, esté libre del más pequeño adnículo. Todo lo que se lleva es blanco y en ocasiones ha desechado alguna prenda por tener una mínima raya de color o un discreto bordado. Se diría que esa obcecación por la limpieza es síndrome de alguna manía sexual, pero a saber...

Me gusta la calle. ¡Es hermosa! A veces el sol luce generoso, pero otras, incluso en días despejados, parece enfadado y decidido a escarmentarnos. Si llueve, el cemento de las aceras despide un aroma agradable y los árboles parecen recién pintados. Esta tarde hace un calor de plomo, la calle está desierta y el aire vibra en los bordes de las cosas. No hay nadie que entre a la tienda a estas horas,

aunque estamos en época de rebajas, y por eso tengo tiempo de charlar con ustedes. No será mucho más, porque en un par de horas hombres, mujeres y niños saldrán a pasear, como si el cielo les hubiese perdonado y ya pudieran salir de casa. De nuevo la calle se convertirá en un espectáculo.

De haber estudiado, a mí me gustaría haber hecho Psicología. Creo que poseo un don innato para detectar emociones que a otros les pasan desapercibidas. Si dentro de un rato quisieran salir conmigo les mostraría: aquella chica, ese muchacho, la mujer de allá, el hombre que viene por la acera... viven un gran amor. Pero no hay que fiarse de las apariencias. Hay jóvenes que pasean cogidos de la cintura cuyos rostros delatan un enorme aburrimiento, y parejas que miman a sus criaturas y en cuyas miradas no aparece la menor huella de su antigua pasión. Y eso es triste.

Igual que uno contempla cómo los niños crecen y cómo los adultos caminan hacia la vejez, también se ve cómo ciertos amores declinan y acaban por esfumarse. Uno de los casos más dramáticos es el de Adriana, que no hace muchos años llegó aquí con su reciente marido. ¡Ella se lo comía a besos por la calle, como comiéndose el mundo! Hoy los dos se ignoran, apenas se hablan. Mantienen las convenciones y él acompaña a su mujer a veces a la tienda, pero yo sé que cuando ella escoge una ropa no se viste para él. Se ve en la forma en que se prueba los vestidos, mirando a su marido como si fuese una nube de gas. Apostaría algo a que tiene una aventura, que la mantiene viva cuando el marido no está.

Hace tiempo yo también estuve enamorado. Era bastante más joven que ahora, cuando empezaba a ganarme la vida en esto. Me enamoré de una compañera de trabajo, una muchacha bonita y joven. Reconozco que fue ella

quien me enseñó los primeros trucos de este oficio: me aconsejaba sobre la ropa que debía ponerme, cuál era la mejor manera de presentarme ante los clientes, e incluso en ocasiones se brindaba a abrillantar mis zapatos o a eliminar de mis hombreras alguna partícula de polvo o de caspa. Pero dejando aparte estos cuidados que tenían que ver con el trabajo, el resto del día me ignoraba como si yo no existiera, gélida y silenciosa como una muñeca de hielo. Al comienzo pensé que su indiferencia era fingida, que trataba de darse importancia, pero pronto vi que la nuestra era una historia de amor imposible. Todavía la recuerdo, aunque hace tiempo que ella se fue de aquí. Aquello me hizo sufrir mucho y causó un duro golpe a mi autoestima, así que me propuse no enamorarme nunca más.

Confieso que tardé mucho en recuperarme. Durante años no quise saber nada de compañías o novias, por no exponerme al riesgo de sufrir, pero el tiempo pasa y uno echa de menos ciertas cosas. No se lo digan a nadie: desde hace algunas semanas, cuando se echa el cierre de la tienda, salgo por las noches sin rumbo fijo. A buscar. A veces, hasta la madrugada.

Todavía no he encontrado lo que busco, pero no desespere. Incluso alguien como yo, que no ha estudiado, que es de alguna manera singular y que no tiene más remedio que trabajar en una tienda de ropa (¡aunque mi tarea me apasiona, repito!), debe mantener la esperanza de encontrar el amor de su vida.

Todos los días cruza por delante del escaparate una persona ciega, poco antes de echar el cierre a las dos, por lo que deduzco que sale de casa antes de que yo comience a trabajar. Le veo transitar por el reducido espacio de la cristalera describiendo un arco con su bastón a pocos decímetros de sus pies. En contra de lo que se suele decir

de los invidentes, sus pasos no son vacilantes, sino los de un hombre decidido, aunque su lentitud se explique porque quizá tarda un poco más en interpretar los sonidos u olores que le llegan; es de suponer que la visión permite unas respuestas más rápidas. Por las mañanas viaja siempre solo, con una cartera de plástico negro cruzada en bandolera sobre su pecho. Por las tardes pasea con una mujer algo más joven que él, con quien charla y ríe animadamente. Es su esposa. Le envidio. En realidad, aunque me guste observar, aunque llene mis horas muertas mirando a través del cristal, también a mí me gustaría salir a pasear con alguien colgado de mi brazo. A estas alturas de mi vida, daría los ojos por ello.

Algún día me haré mayor para trabajar en una tienda y acabaré tirado en cualquier sitio. ¿Cuáles serán mis pensamientos cuando el dueño prescinda de mí? En algún momento de la vida uno se da cuenta de lo importante, y si no, peor para él. Para mí, estudiar no ha sido vital. Tampoco lo ha sido estar siempre elegante, ni saber que muchas personas al día te observan y que gracias a ti se ha vendido poco o mucho.

En el primer piso de este portal vive un viejecito. Debe de ser octogenario ya. Desde hace años, él y su mujer iban siempre a todas partes, cada mes a un ritmo más lento que el mes anterior, pero siempre juntos. Hace año y medio que su mujer falleció y, desde entonces, el hombre vive como envuelto en tinieblas, cada vez más densas. Hay ocasiones en que, a la puerta de la tienda, pregunta a algún transeúnte por la calle en que vive, creyéndose perdido, y algunas veces me ha parecido que incluso se dirigía a mí a través del cristal. Sin embargo, es un hombre que siempre sonrío, probablemente porque sus recuerdos lejanos son amables. Creo que daría la mitad de lo que me queda de vida por su sonrisa.

Casi son las siete. Dentro de nada, el sol se ocultará tras los edificios de enfrente y la gente empezará a salir a la calle. Tendré que concentrarme en mi trabajo y atender a quienes pasen ante el escaparate o entren en la tienda.

Esta noche volveré a hacer mi ronda nocturna. Tal vez encuentre una de estas madrugadas lo que estoy buscando.

Entretanto, observo, escucho... La vida sigue desvelándose en el lento discurrir de las horas, de los días. Vean...



## SUERTE

ENCONTRAR UNA MONEDA EN LA CALLE es un suceso sin importancia. Aunque la moneda tenga cierto valor y sea la mejor de las monedas posibles; aunque haya brillado en mitad de la acera, reflejando las luces de las farolas, destellando ante nuestros ojos, como llamándonos. Pero el encuentro cobra relevancia si notamos cómo, al agacharnos para recogerla, un hilo de sangre resbala por nuestro brazo, y lo notamos caer a lo largo de la mano, y el cálido líquido apaga el brillo del metal, y nos manchamos los dedos con nuestra propia sangre.

Podemos entonces olvidarnos de la moneda, que apenas parece jugar un papel en la historia, y preguntarnos de dónde viene la sangre. Preguntarnos si procede de una herida producida hace poco o fluye de una herida antigua, abierta ahora de súbito, ante nuestra sorpresa. En cualquier caso, es lícito retroceder para explicar por qué estamos heridos; por qué aun estando heridos nos molestamos en recoger una moneda del suelo; qué hacemos en un lugar desconocido casi de madrugada, sin nadie a quien pedir ayuda. Retroceder para saber cómo, por qué y, sobre todo, quién infligió la herida. Es posible que esto no resuelva nuestro problema, porque lo preocupante es que nos estamos desangrando. Pero podemos, mientras

buscamos un taxi o un teléfono público, intentar aclarar estos enigmas.

Poco antes del hallazgo, Luisa deseó precisamente eso, una moneda. (Ya es algo más notable la coincidencia). Había perdido el bolso y necesitaba una moneda, quizá dos. Ahora tiene la moneda, la mejor de las monedas, y es suficiente para tomar un taxi, ya que el recorrido es corto, o llamar por teléfono y esperar a que vengan a buscarla. Mientras decide, otro pequeño borbotón de sangre caliente su pecho, y nota cómo resbala empapando su blusa.

Retrocedemos. Los bares están cerrando, pues son las cuatro. Luisa ha recorrido las calles desiertas y eludido a algún personaje solitario, seguramente ebrio. No ha querido entrar en los últimos tugurios abiertos, con titilantes luces de neón que quizá a esas horas no anuncien más que sordidez. Tiene miedo, cómo no, a otro encuentro inesperado. Por ello ha paseado varias calles sin ningún destino definido, sin saber qué hacer. Ha llegado hasta allí mirando hacia atrás para cerciorarse de que no la perseguían. Las calles son estrechas, la lluvia ha dejado una película brillante sobre el asfalto y Luisa se siente mareada tanto por el reflejo de las luces en el suelo como por el dolor de la punzada.

Retrocedemos. No encontró a nadie de confianza a quien pedir ayuda, así que decidió alejarse y huir por callejuelas solitarias. Quienes la veían correr dejaban franca su huida, quizá creyendo que solo tenía prisa o que buscaba a alguien que se iba. Algunos se reían viéndola pasar, considerando divertido contemplar cómo una mujer atractiva corre en mitad de la noche, sin pararse a pensar que tal vez estuviera en peligro o que huyera de algo implacable. Peores eran los anteriores, los que presenciaron el incidente, que tampoco intervinieron. Aunque era lógico, considerando que la habían visto pasar la noche con aquellos tipos. Además,



ella misma al principio apenas notó un empujón, como si el más grande la hubiera apartado. Solo más tarde, cuando sintió el agudo dolor en el hombro, supo que lo que había brillado en la oscuridad era la hoja de una navaja y que la habían acuchillado.

Luisa percibe bajo las luces violetas que su blusa está manchada de sangre, en el costado, bajo la cazadora negra. Instintivamente, se tapa para ocultarla de miradas ajenas y aprieta la mano contra el bolsillo izquierdo. Sigue caminando, sin encontrar una cabina desde la que llamar ni un coche al que pedir auxilio. Apresura el paso, abandona las estrechas callejuelas y sale a la avenida.

Retrocedemos. A la salida de la discoteca, el más bruto de los cuatro, el del cráneo rapado, exigió que le entregara la chapa que lucía en la solapa. Aunque era el momento decisivo de la noche, no era, sin embargo, el más violento. Peor había sido antes, dentro, cuando los cuatro (mejor dicho, los tres, porque su amigo, el más cobarde, había permanecido al margen) la habían insultado a ella y a otros muchos que, según decían, eran como ella. Luisa había optado por abandonarlos, viendo el cariz de los acontecimientos. Ella nunca pensó que llegarían a ese extremo. Durante buena parte de la noche consideró que se trataba de una broma, una broma pesada que finalizaría en algún momento. Al ver que aquello iba más lejos de lo debido, salió a la calle. Los cuatro la siguieron. Fuera se produjo la discusión definitiva y el bruto sacó la navaja.

Retrocedemos. Luisa no deseó que la siguieran, pero tampoco pudo evitarlo. La música bramaba dentro y mientras subía las escaleras oyó con claridad cómo los tres animales la insultaban y amenazaban. Creyó que bastaría con irse, como momentos antes había supuesto que sería suficiente ignorarlos y, antes aún, tomarse a broma sus amenazas y comentarios. Nada había surtido efecto. Quizá

lo que desató la ira de aquellos tipos fue que ella dijera que los cuatro la asqueaban, pero que la asqueaba mucho más aún Pablito, que no había dicho una palabra desde que entraron a la sala. Toda la noche esperó que su amigo hubiera detenido a esas bestias, pero no. Les había seguido la corriente al principio, y luego, asustado, se había replegado en sí mismo, sin participar en los acontecimientos pero sin intentar tampoco controlarlos y ayudar a la mujer que había presentado antes como su amiga.

Por la avenida pasan pocos coches, algunos a gran velocidad. No hay luces verdes que indiquen la presencia de un taxi libre. Decide atravesar la calle, pero debe esperar al cambio del semáforo. Siente humedad más abajo de la cintura y supone que las bragas deben de estar empapadas en sangre. La cuchillada debe de ser más seria de lo que pensaba. Mientras cruza siente una punzada y sospecha que la herida no está encima de la axila, como creía, en el hombro, sino algo más abajo y centrada, en el nacimiento del seno.

Retrocedemos. Pablito, que había seguido la discusión en sus comienzos, cuando apenas parecía una broma, llevaba un rato callado, atontado por el alcohol y la pesada música, o quizá escudado en el alcohol y la música pesada. Al principio, Luisa le había pedido ayuda con una mirada, pero él se resistió, huyó. Ella intentó implicarle, haciendo alusiones o preguntas directas, pero él no se sintió aludido ni preguntado. Todo lo más, en un momento dijo que «de esos temas no entiendo nada». Quien no entendía nada era Luisa, que al comienzo había tratado de argumentar con aquellos salvajes, y que luego se fue refugiando en el silencio, aunque el silencio no bastó para acallar sus opiniones, sus voces y, al final, sus insultos. Luisa tenía una visión inocente de la vida, una visión ingenua y sincera. No sabía que hay categorías de

seres cuyo cerebro se conforma y endurece de una manera especial y cuyo pensamiento se congela en un punto en que la capacidad de raciocinio se atrofia. No sabía que ni ella ni mil como ella podrían penetrar en los endurecidos y rapados cráneos. Era por esto, por ingenuidad, por lo que había intentado entenderse con los cuatro hombretones.

Retrocedemos. Aquel animal, con casi dos metros de altura, la siguió a la pista y exigió por segunda vez la chapa y Luisa respondió que no se la daba, dándole la espalda, huyendo del pelado. Él la alcanzó y le propinó un golpe en el hombro diciendo que tenía mala educación por darle la espalda y por haberle insultado; que él era un chico educado y que lo que sobraban en este país eran personas sin educación. Que, según él, a todas estas personas, y a los sucios negros, a los ambiciosos judíos, a los malditos árabes, a los perezosos sudacas, a los guarros maricones, a las cerdas lesbianas, a los drogadictos, a los que tienen el sida... a todos ellos había que enviarlos a su país o a islas lejanas y bombardearlos luego, como habían hecho los yanquis con Vietnam o con Irak, pero no como los americanos, que habían hecho el trabajo a medias y dejado muchos comunistas y moros de mierda, sino bombardearlos hasta el fin, hasta que no quedase uno. Y que a ella y a todas las tías como ella, que llevaban chapas como esa, había que matarlas por traidoras. Todo eso lo gritaba en la pista, cerca de su cara, pero no era nuevo, ya que pocos minutos antes, en la mesa con los otros tres, había manifestado esas mismas opiniones, solo que ahora lo decía gritando, gritando mucho, como si intentase apagar el sonido de la música que bramaba por los altavoces de aquella pista en la que todo el mundo bailaba, y donde no podía pedir ayuda a nadie para desembarazarse del animal.

A lo lejos ve un taxi con la luz verde, pero el coche gira a su derecha, hacia la plaza. Nada de volver a la plaza, ya que aún podrían estar esperando. Era preferible aguardar allí. En el peor de los casos, podría detener un coche cualquiera y pedir ayuda. Siente frío y está mareada, así que descansa contra una farola mientras espera. Apoyada, ve que en la esquina, cruzando la calle, a unos doscientos pasos, hay una cabina. Pero es improbable que funcione, así que mejor esperar un taxi.

Retrocedemos. Había decidido salir a bailar después de comprobar que la conversación tomaba un cariz indeseado y que no podía controlarla. Pensó que sería bueno olvidarse de ellos, y que ellos se olvidaran de ella. Llevaba casi una hora de discusión y le dolía la cabeza. Cuando fue a levantarse, el bruto dio un zarpazo e intentó arrancarle la chapa. Fue un gesto rápido, que no logró su propósito, pero los dedos de él le hicieron daño en el pecho. Ella se encogió por el dolor, aunque la hirieron más las chanzas de los tres chicos y, sobre todo, el silencio de Pablito, que no hizo nada por ayudarla. «¡Imbécil!», le gritó ella, y se fue de allí. Aquello ponía fin a una charla que había comenzado como una broma, cuando ellos empezaron a burlarse de aquel pin negro con letras rojas, pero que había subido de nivel poco a poco, mientras ella trataba de defender el significado de aquel lema y el derecho de cada cual a manifestar sus opiniones. Hasta aquel manotazo, y sus burlas, Luisa no se dio cuenta de que aquella conversación había sido estéril; que de nada habían servido sus argumentos frente a las contundentes, despectivas y agresivas opiniones de ellos. ¡Y pensar que al comienzo, la primera vez que el bruto le pidió la chapa, ella había pensado que era porque le gustaba, rojo sobre negro, sobre la solapa de su cazadora!

Retrocedemos. Ya a la entrada de la discoteca, Luisa había parado los pies al grandote, que había intentado tomarla del brazo mientras bajaban, no sabía con qué intenciones y, desde luego, sin motivo para esas confianzas. No conocía a ese tipo, ni al de los pendientes en la oreja izquierda, ni al de los anillos abultados en los dedos. Ella solo conocía a Pablito, y era solo con Pablito con quien si acaso quería estar, porque a pesar de su pinta extraña le ofrecía confianza, ya que tiempo atrás habían sido amigos. Se habían encontrado a la entrada, y apenas se reconocieron. No se habían vuelto a ver desde hacía cuatro años, cuando ella abandonó el barrio. Era lógico que no se reconocieran, pues Luisa se había convertido en una muchacha atractiva que había dejado atrás a la chica esmirriada que bajaba a la calle a jugar con sus amigas. Era lógico que Luisa se quedara parada al ver a Pablito, ya que él también se había transformado en un chico alto y guapo, aunque se hubiera afeitado la cabeza y tatuado unas letras extrañas en el cráneo. Después de reconocerse, se dieron un abrazo llamándose por sus nombres, «Pablito» y «Luisi», y recordaron tiempos antiguos, y ya entonces los otros tres se habían burlado del diminutivo de ambos y soltado obscenidades a las que ella, acostumbrada a la ferocidad urbana, no dio importancia. Luego, los cuatro se saludaron, porque él presentó a sus amigos, esos tipos tan raros, y ella había preferido en aquel momento quedarse a solas con Pablito, y que los dos se contasen cómo había sido su vida, e incluso que hubieran bailado juntos, pero él iba con sus amigos, qué le íbamos a hacer, así que los chicos compraron las entradas y los cinco bajaron juntos a la pista.

Luisa siente que se desangra porque, a pesar de que lleva pegada la cazadora al costado, nota cómo la mano que presiona el bolsillo se está empapando de sangre,

y que la sangre humedece las bragas, e incluso más abajo, las medias. Aún apoyada en la farola, vuelve a echar un vistazo a los alrededores. No ve un taxi y se empieza a sentir cansada, porque es ya madrugada y tiene sueño. Pero de repente se da cuenta de que está agotada y tiene sueño porque se está desangrando y debe hacer algo urgentemente. Algo, cualquier cosa que no sea dejarse caer, que sería lo cómodo, y quedarse tirada en el suelo, esperando la muerte sin que nadie pase por los alrededores. Hace un esfuerzo y comienza a andar hacia la cabina.

Retrocedemos. Había elegido esa discoteca porque quedaba cerca de casa. Había sido una suerte encontrarse allí con Pablito, de quien tenía un recuerdo agradable. Había sido una suerte que, al llegar al trabajo, su amiga Martina le hubiera propuesto cambiar su turno de sábado, que correspondía a Luisa, por el del lunes, que le tocaba a Martina, pero su amiga le había dicho que había tenido la suerte de ganar en un concurso unas entradas para un concierto que se celebraba el lunes. Además era una suerte que el día anterior, precisamente el día anterior, Luisa se hubiera comprado la cazadora negra que tanto le gustaba, para la que había ahorrado durante tres meses. Era una verdadera fortuna poder estrenarla ese sábado, sin tener que esperar más. Y así, con tanta suerte encima, fue como Luisa partió de su casa, caminando jovial y feliz hacia aquella discoteca de la que, además, por suerte, tenía una entrada que le había regalado tiempo atrás Alberto, el chico con quien salía.

A paso lento, vacilando, Luisa se dirige a la cabina y echa la moneda, la moneda que ha encontrado en el suelo brillando, como llamándola, que era la mejor de las monedas posible. Resultaba afortunado que el teléfono conservara el auricular, y mucho más aún que al echar la moneda por la ranura oyera una señal, signo de que el

teléfono funcionaba. Fue una suerte que al otro lado agarraran el teléfono tan pronto, porque se estaba desmayando y solo le dio tiempo a decir: «Papá, estoy herida. Ven a buscarme. Me encuentro frente a un edificio que dice Ministerio de Agricultura... Por favor, papá, ven a buscarme».

Fue una suerte que su padre, cuando salió de casa, encontrara una ambulancia, a la que paró echándose literalmente encima del vehículo. Fue una suerte que aquella ambulancia se hallara libre de servicio, de vuelta a las cocheras. Fue suerte que el conductor y el sanitario le creyeran y decidieran ayudarle, pese a que él iba vestido con una bata y un pijama y en zapatillas, sin afeitado. Fue suerte que no hubiera tráfico y que dieran con la chica enseñada, y que al llegar al hospital los médicos estuvieran libres, porque Luisa estaba, según dijo una doctora, al borde de un paro cardíaco, teniendo en cuenta que su presión sanguínea había bajado al mínimo porque había perdido gran cantidad de sangre.

Cuando despertó en la habitación dos días más tarde, Luisa tomó conciencia poco a poco de que estaba internada. No recordaba nada desde que había entrado en la cabina. Sus padres le contaron que les había dado un susto de muerte, pero que ya estaba fuera de peligro. Su padre relató a Luisa las circunstancias afortunadas que concurrieron en su salvación.

Luisa recordó su aventura. Pensó que todo había sido producto de la suerte. Una enorme suerte que el día anterior a su salida se hubiera comprado la cazadora; que a su amiga le hubieran tocado las entradas del concierto; que Martina le hubiera cambiado el turno; que se hubiera encontrado con Pablito; que la navaja no hubiera afectado a una arteria ni a ningún órgano importante; que se hubiera topado con la moneda reluciente en la oscuridad;

que la moneda fuera la mejor de las monedas posibles; que el teléfono público no estuviera roto; que la ambulancia hubiera sido rápida; que los médicos la atendieran con prontitud. Todo había sido una verdadera suerte...

Todo, salvo el encuentro con aquellos bestias cabezas rapadas. Eso había sido una mierda. Una verdadera mierda.



## EL HOMBRE QUE NUNCA LEYÓ *Moby Dick*

EN LAS COCHERAS TODOS SABÍAN QUE ISIDRO, cuando volvía con el autocar vacío, solía recoger autoestopistas, generalmente chicas, lo que contravenía todas las normas de la empresa. Aún no le habían descubierto, pero era solo cuestión de tiempo. Meses atrás habían despedido a un compañero tras multarle por detenerse en el arcén, mientras disfrutaba los servicios de una puta de carretera. Su amigo Luis se lo advirtió una vez más mientras estaban en los vestuarios.

–Un día te pillarán. ¿Es que quieres que te echen? Tienes ya cincuenta y dos años. Piensa por lo menos en Carmen, joder.

–Que no, hombre, que no me van a pescar...

–Si quieres darte un revolcón, haz lo que todos. Busca un sitio discreto y para un rato. Nadie se va a meter contigo por un retraso de media hora.

–Bah. Tú qué sabrás...

Isidro subió sofocado las escaleras de los dos pisos hasta su casa, sintiendo que los años no pasaban en balde. Abrió la puerta y vio desde la entrada el extenso perfil de

su mujer, de espaldas en el fregadero. Saludó, colgó en la percha el anorak y cambió las botas por unas zapatillas de felpa antes de pasar a la cocina. Carmen se volvió cuando él destapaba la cazuela.

–¿Qué tal el viaje?

–Bien. Nada que contar. Aburrido, como siempre.

–¿Y cuándo tienes el próximo?

–Esta noche.

–¿Cuándo vas a dejar el servicio nocturno? Ya no tienes edad.

–No empecemos otra vez... Ya sabes que hay muchos gastos.

–Nos apañaremos. No necesitamos que salgas por ahí por las noches, a romperte la crisma en cualquier carretera.

Era la discusión de siempre. A Isidro le habían ofrecido un colegio y una fábrica, en lugar de los viajes nocturnos, pero estos tenían un plus que venía bien para pagar los estudios de los chicos. Además, le gustaban esos viajes, cuando regresaba con el autocar vacío y recogía muchachas que hacían autoestop. Una o dos veces a la semana llevaba a cabo sus fantasías, que le devolvían un placer infinito. Más de lo que nadie hubiera podido sospechar.

–¿Vienen los chicos a comer?

–No creo. Manu tiene prácticas en el instituto y Ángela se queda estudiando en la universidad. Andan de exámenes.

–¿Y estudian?

–Parece que sí.

–Eso es lo que hace falta. Que no se vean como su padre.